



Número de 4 páginas

Mezquindades

Otra vez vuelve a preocupar — a los que se preocupan de algo, por supuesto, que son los menos — lo de la emigración. Emigran trabajadores españoles, y en ciertos ramos los más capaces, a otras tierras, a Francia, a la América del Norte. Y muchos de los que no emigran es peor que si emigraran. Peor para España y peor para ellos.

A pesar del mayor valor de nuestra peseta, prestigio en gran parte ficticio, les conviene ir adonde el dinero vale menos, pero la vida y el trabajo valen más. Y con el tiempo no queráremos aquí sino los funcionarios públicos, los propietarios y los proletarios que no se puedan ir. De éstos se irán convirtiendo muchos en funcionarios públicos. A los ferroviarios y a los mineros no es difícil que los veamos pronto convertidos en empleados públicos, en un arma o cuerpo más del ejército civil.

Como empleados, como funcionarios, estarán al servicio del Estado en más de un respecto mejor que siendo empleados de empresa particular, y el servicio mismo no perderá, sino más bien ganará. No somos de los que creemos que el Estado sea el peor administrador. Es esta una leyenda que han creado y fomentado los mismos que mangoneaban en la administración pública, pero al servicio de intereses particulares. Tal consejero de Compañía de ferrocarriles, verbigracia, que llegó a ser ministro de Fomento, era el encargado de desacreditar desde el ministerio la administración pública. Ni sirven las Compañías siquiera los intereses de sus accionistas mejor que el Estado los de los ciudadanos.

Un empleado público goza, sin duda, de una gran libertad. El Estado no le exige ningún género de profesión de fe y hasta le deja predicar la revolución. Pero con su cuenta y razón. Lo malo del empleado público no es que se le oprima: es que no se le exija el riguroso y exacto cumplimiento de su deber, y esto con su cuenta. Al empleado público se le compra el alma, se le compra la libertad, consintiéndole muchas faltas. Se le corrompe con el favor. Además, aparte de la satisfacción íntima, de conciencia, de haber uno cumplido con su deber para con la patria, al más escrupuloso en el mejor desempeño de su función pública no le va mejor que al negligente.

Los obreros intelectuales, los que no podemos producirnos más que en nuestra lengua española, apenas si podemos emigrar, y más a cierta edad. Pero emigra-

mos con el espíritu. Vivimos aquí como desterrados. Y más si además somos empleados públicos.

El que esto escribe pertenece a un cuerpo, el de catedráticos de Universidad, que no puede hoy, ciertamente, quejarse del Estado. Nos paga regularmente y no se puede decir que nos exija demasiado trabajo. En rigor si no queremos trabajar no trabajamos. Lo que no quiera decir que no les sea posible a los poderes públicos corrompernos. Lo intentan más de una vez y valiéndose de la misma libertad que nos conceden.

Si, sí; somos de los que creemos que el Estado no es peor amo que una empresa particular; somos de los que creemos que el Estado irá ampliando sus funciones; somos de los que creemos que los más de los obreros, manuales e intelectuales, acabarán siendo empleados; esto es, funcionarios públicos; pero ¿con este Estado?

El Estado actual, bajo eso que hemos dado en llamar el Régimen, es, por lo menos en España, una máquina que amenaza con aplastarlo todo. No es peor que las empresas particulares, no; pero es mezquino, pequeño, nivelador, ramplonizador. Da de comer a sus servidores, pero les achica el alma.

Constituímos los empleados públicos un ejército civil en que, por lo común, sólo se asciende por rigurosa antigüedad. Y cuando es por mérito es peor. Porque sucede lo que sucedía en el otro ejército, en el militar, por lo menos hasta junio de 1917, que al llegar a cierto grado, cuando el ascenso era de gracia, si se ascendía era... ¡por qué medios, Dios Santo! Para llegar al generalato había ordinariamente que doblegarse.

El cuarto turno ha sido en ciertas carreras del Estado una escuela de abyección. Hasta ha ocurrido más de una vez que a un funcionario de relevante mérito se le ha tenido postergado adrede para que pidiera de gracia lo que se le debía haber dado de justicia. «¿Con que vale tanto, eh? ¡pues que se haga valer! Y hacerse valer era rendirse a ciertos acatamientos. La máquiavelica doctrina era que no se debía ir a buscar al que más valiese, sino que era el que valía quien debía buscar valedores. Porque se tenía observado que, con harta frecuencia el hombre de valer es el independiente, es el austero, es el que no quiere deber favores, es el que los abyectos llaman orgulloso y altanero. La cosa es que se les tenga que agradecer.»

Presentimos unos tiempos muy tristes para España. A menos que un viento de vendaval no se lleve a su mezquindad.

Por de pronto preparémonos al sainete trágico que va a ser eso que el Dato ese llamó la crisis histórica, y en que se verá la consunción de España. Si siquiera fuese la crisis de su mezquindad...

Miguel de UNAMUNO.

